

CONTEXTO PARA EL NACIMIENTO DE UNA CIENCIA: Psicología y modernidad en Venezuela (1936-1957)

Tomás Straka

Historiador y analista político. Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Investigador de la Universidad Católica Andrés Bello, donde dirige las maestrías en Historia. Ha sido profesor e investigador invitado en varias universidades extranjeras. Columnista de Nueva Sociedad y Prodavinci. Entre sus libros destacan: La voz de los vencidos, ideas del partido realista de Caracas (1810-1821); La épica del desencanto. Bolivarianismo, historiografía y política en Venezuela; y La república fragmentada, claves para entender a Venezuela. Coordinó con Michael Zeuske y Agustín Sánchez-Andrés Las independencias de Iberoamérica. Es coautor de la tercera edición del Historical dictionary of Venezuela junto a Guillermo Guzmán Mirabal y Alejandro Cáceres.

Modernidad, democracia, salud mental

Hay datos capaces de revelar todo un universo. Pongamos uno: el Plan Nacional de Salud 2014-2019 no nombra en ninguno de sus objetivos ni de sus políticas a la salud mental. Así de tajante: no aparece ni una sola vez. Puede alegarse que de modo implícito hay aspectos en los cuales se la puede suponer incluida, pero eso deja un margen para la interpretación que no deja de preocupar a los especialistas. Si a eso le sumamos que la Ley de Protección y Atención Integral a las personas con Trastornos Mentales lleva para el momento en que se escriben estas líneas (2018) una década en anteproyecto, que debido a la emigración de los médicos los postgrados de psiquiatría tienen dificultades para abrir nuevas cohortes, y que la combinación de la escasez de medicinas con la severa recesión económica ha disparado las patologías en quienes las tenían latentes y ha hecho empeorar las de quienes ya estaban en tratamiento, el panorama es muy oscuro. En esta área, como en muchas otras, la situación de Venezuela da signos de retroceso hacia una etapa pre-científica del tratamiento de la salud mental, sin especialistas ni medicamentos. Es decir, la de una desmodernización.

No en vano, en el otro extremo de esta historia, la creación de la División de Salud Mental del Ministerio de Sanidad en 1946 puede verse como un hito en la modernización que el país entonces emprendía. En lo social honraba la promesa de ampliación de la ciudadanía que el ensayo democrático comenzado un año atrás, ofreciendo asistencia para un segmento de la población a la que tradicionalmente se le excluía, abandonándola u ocultándola en asilos, e incluso la oportunidad de que se integrara a la vida productiva, cultural y política; en lo científico favorecía la consolidación de una disciplina que en Venezuela estaba en sus mantillas, y que a partir de 1949 comenzó a impartirse como postgrado en la Universidad Central de Venezuela: la psiquiatría. Si pensamos en la famosa frase de Laureano Vallenilla-Lanz que definió a Juan Vicente Gómez como el “loquero” del pueblo venezolano, que con palos y agua fría lo calma, pero que no pudo curarlo, podemos ponderar hasta qué punto el abandono de aquellas técnicas de los viejos manicomios fue consustancial con la modernización y la democratización; así como lo que puede representar, a contrapelo de nuestra historia reciente y de las tendencias del mundo durante el último medio siglo, que nada menos que un Plan Nacional de Salud no tome en cuenta a la mental. Si a eso sumamos la falta de medicamentos y de psiquiatras, en efecto podemos estar en trance de volver al tiempo de los loqueros. En lo político y en lo terapéutico.

En las siguientes páginas partiremos de esta hipotética tríada de modernización-democracia-salud mental, para entender el nacimiento de la Escuela de Psicología de la Universidad Católica Andrés Bello, por cuyo sexagésimo aniversario –y por la tenaz insistencia de una exalumna que da clases en ella– hemos preparado estas palabras. No somos expertos en el área, por lo que no haremos más que ofrecer nuestra interpretación de los datos que ya hay consignados sobre la historia de la ciencia en Venezuela, en relación con el momento histórico en que ocurrió. La tesis que esperamos delinear es que si el nacimiento de la psiquiatría nos habla de modernidad e inclusión social, el de la psicología lo hace de forma aún más clara. Es relativamente fácil –y hay que subrayar lo de relativo porque el Plan Nacional de Salud demuestra que no lo es para todos– comprender la necesidad de la psiquiatría, pero no tanto así la de la psicología: ¿qué hace exactamente, si es que de veras hace algo; qué cura, si es que en serio cura algo, un psicólogo? ¿Cómo es eso de la salud mental para aquellos que no están “locos”? ¿De qué va la psicología en la escuela, si la palmeta resuelve las cosas tan bien, en la oficina o en el taller? Son preguntas que sesenta años atrás muy pocos en Venezuela podían contestar; es más, que aún en 1969 generaron la llamada “guerra contra los psicólogos”, cuando la Sociedad Venezolana de Psiquiatría sacó su famosa declaración del 15 de septiembre estableciendo que los psicólogos tenían permitido ser asistentes de los psiquiatras, trabajar en adiestramiento y selección de personal, en el diseño curricular, pero no en la atención de patologías. La polémica levantada entonces fue, al parecer, esencialmente ganada por los psicólogos, pero es muy decidora de las dudas que en la sociedad había en torno a esta ciencia.

Es por eso que el nacimiento de una escuela universitaria de psicología en 1957 sólo puede comprenderse en función de lo que sus impulsores pensaban, junto a los cambios que toda la sociedad vivía. Como veremos, si la psiquiatría es hija de la modernización y en alguna medida de la democratización; con la psicología ambas cosas, sobre todo lo de la democracia, actuaron de manera todavía mucho más clara.

La “revolución pedagógica” como punto de partida

Cuando en 1935 muere Juan Vicente Gómez, hacen eclosión todos los cambios que había venido larvándose en Venezuela desde hacía un cuarto de siglo. Las manifestaciones que se escenifican a finales de aquel año y a inicios del agitado 1936 no pueden explicarse sin la economía petrolera, con lo que implicó en términos socioculturales; sin la nueva generación formada en la relativa paz y abundancia, para los estándares venezolanos; sin las incipientísimas clases medias, el grupo cada vez más próspero de nuevos ricos y, sobre todo, sin el enorme exilio, especialmente de jóvenes que alrededor del mundo se estaban enterando de la últimas corrientes del pensamiento, de las artes, de las ciencias. Prácticamente todos estos sectores coincidían en que había que dar un salto modernizador, pero por algún motivo cuya explicación requiere –y no lo decimos a propósito del evento en el que participamos– más de las dotes de un psicólogo que de las que tiene un historiador, el valladar del viejo dictador lo impedía. Hubo de esperarse a la muerte del padre “fuerte y bueno”, como lo llamó uno de sus corifeos, para que el resto de la sociedad se sintiera libre, en el que tal vez haya sido el episodio más freudiano de la historia venezolana.

El punto es que tanto el sector más moderno y liberal del gomecismo, que toma el poder; como la oposición que regresa del exilio y que en muchos casos es socialista (y hasta comunista), ponen sobre la mesa los grandes temas de una agenda de transformación: educación para todos, reforma universitaria, salud, democracia política, igualdad para la mujer, reforma agraria, política petrolera y un etcétera largo. El heredero de Gómez, Eleazar López Contreras, canaliza la efervescencia en el Plan de Febrero (1936): una combinación de reformas más o menos democráticas y liberales, que entre otras cosas funda las modernas políticas educativas y sanitarias del país. El acceso masivo a la educación y a los servicios sanitarios se convierte de esta manera en una meta común, pero que rápidamente reveló un obstáculo importante: la carencia de los profesionales capaces de llevar adelante este esfuerzo. Hacía falta eso que uno de los jóvenes que regresa, Mariano Picón-Salas, había llamado un “sindicato de técnicos”, es decir de personas

preparadas en áreas desconocidas en el país, que lideraran su implementación. No hay médicos suficientes ni formados en especialidades claves, no hay maestros, los profesores de secundaria son empíricos, no hay enfermeras, no hay, en fin, quién pueda poner a funcionar los hospitales y liceos que se requieren. Picón-Salas, que viene de vivir y de formarse en un Chile que está a años luz de Venezuela en muchos aspectos, piensa inicialmente en los jóvenes como él para que asuman esas funciones. Para entonces, más o menos socialista –aunque con bastantes dudas–, tiene un mapa bastante claro de los talentos venezolanos desparramados por todas partes, y ya está muy cerca de Rómulo Betancourt, de quien será un estrecho colaborador toda su vida. Pese a eso, es de los opositores menos radicales que López Contreras, en un acto de gran apertura, incorpora al aparato estatal. Como profesor egresado del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile comenzó a fungir de inspector del Ministerio de Educación. Esta decisión tendrá grandes consecuencias para la educación, las ciencias y las humanidades venezolanas.

En efecto, Picón-Salas rápidamente se pone a trabajar en una institución que forme a los “técnicos” que puedan modernizar y masificar la educación, por lo que propone crear un Instituto Pedagógico en Venezuela. Diseña el proyecto y no sólo logra que se apruebe, sino que consigue que la contratación de un grupo de profesores chilenos, conocidos como la primera y segunda Misión Chilena, para que funden la institución. Fue el inicio de los que algunos han llamado la “Revolución Pedagógica” de 1936. Por una parte, el Instituto Pedagógico impulsó el desarrollo universitario de disciplinas que antes no se estudiaban como carreras específicas: geografía, historia, literatura, idiomas modernos, biología, química, matemática, física. En el modelo universitario napoleónico que se había asumido en el siglo XIX, las dos universidades que funcionaban en Venezuela se dedicaban a formar profesionales –medicina, derecho, ingeniería, farmacia y odontología– reduciendo las ciencias puras y las humanidades a meros fragmentos de sus programas de estudio, sin mucho espacio para la investigación. Quienes escribían obras de historia, o daban clases de idiomas, o hacían estudios botánicos, apelaban, básicamente, al autoaprendizaje. Y eso era todavía más claro en las cátedras de secundaria. De ese modo, los profesorados que ofreció el Pedagógico en estas disciplinas formaron a una primera camada de historiadores, geógrafos, científicos, matemáticos y literatos que ayudaron a fundar las Facultades de Filosofía y Letras –hoy de Humanidades y Educación (1946)– y de Ciencias (1958) en la Universidad Central de Venezuela. Paralelamente, y esto es aún más importante para el tema que nos ocupa, el Pedagógico impulsó y sistematizó la difusión de las ideas de la Escuela Nueva. Es acá donde aparece la psicología como disciplina universitaria en Venezuela y donde podemos ver hasta qué punto su nacimiento está vinculado con la idea de democracia. No obstante, como nada aparece por generación espontánea, es necesario ir un poco más atrás, a 1932, cuando un grupo de maestros con ideas de avanzada creó la Sociedad Venezolana de Maestros de Instrucción Primaria (SVMIP).

Veamos: los maestros eran el segmento que más trato tenía con la psicología en el país, ya que esta ciencia se estudiaba en los cursos de pedagogía existentes y en las Escuelas Normales; de hecho, las Lecciones de psicología para maestros de Rafael Avelledo, aparecidas en 1886, pudieran considerarse el primer libro de psicología publicado por un venezolano. En 1911, con el mismo fin, salen a luz las Lecciones de Psicología práctica de R.B. Ortega. No es tampoco un dato irrelevante que nada menos que Rómulo Gallegos haya sido profesor de Psicología a nivel medio –su otra cátedra fue de matemática, de modo que no, nuestro novelista nacional nunca, que se sepa, dio clases de literatura en un aula–. Pues bien, es de ese universo donde la ciencia ya es una palabra cotidiana, de donde sale Luis Beltrán Prieto Figueroa y los otros educadores que fundan la SVMIP. Su objetivo no era tanto gremial como político: impulsar la modernización del sistema educativo, fundamentalmente apuntando en dos direcciones: la adopción de métodos pedagógicos modernos, eso que entonces se englobaba con el nombre de Escuela Nueva, y la masificación de la educación para que llegara a todos y así se apuntalara la ciudadanía incluso de los más pobres. Si algo caracterizaba a ambas cosas era el deseo de hacer una pedagogía basada en criterios científicos y ejercida en un contexto de libertad. Alumnos activos, con ideas propias, inspirados en los valores de la libertad que de adultos sean ciudadanos libres, es lo que se soñaba. Pero el método para lograrlo habría de basarse en lo que la psicología del

desarrollo estaba arrojando sobre los procesos de aprendizaje. Ella era vista como una especie de ciencia para formar hombres y mujeres libres, o al menos eso se creía. John Dewey, con sus ideas de una educación para la democracia basada en métodos experimentales, fue uno de los teóricos más atendidos por estos maestros.

Prieto Figueroa y la SVMIP transformada en la Federación Venezolana de Maestros en 1936, tendrán un gran protagonismo en los procesos de democratización y modernización que siguieron a la muerte de Gómez. En 1936 no sólo proponen una tabla de los Derechos del Niño, sino que Prieto Figueroa publica nada menos que un libro en el que echa mano de la tesis del psicoanalista Pierre Bovet, entonces muy famoso, para fundamentar la democracia venezolana: *Psicología y canalización del instinto de lucha*. De todos los mentís que en aquella época se publican a la tesis del “Gendarme Necesario”, este es, además del más singular –¡el psicoanálisis para combatir a Vallenilla-Lanz y al gomecismo!–, probablemente uno de los que más influyeron si tomamos en cuenta que Prieto, que estuvo entre los fundadores de Acción Democrática en 1941 y que fue uno de los líderes más importantes del partido, tendrá mucho que ver con las políticas educativas que se implementan a partir de 1945. Además, Prieto Figueroa nunca se desdijo de su interés por la psicología, comoquiera que en 1940 publicó unos *Apuntes para la psicología para la educación secundaria y moral*, en 1954 un manual de *Psicología general* y que en la suerte de síntesis de trabajos de toda una vida, *Principios generales de la educación*, o, *una educación para el porvenir* (1985), sus ideas psicológicas se mantuvieron intactas –algunas para los años ochenta ya un poco anticuadas–.

Prieto Figueroa figuró entre los primeros profesores del Pedagógico, pero ni el área medular de la pedagogía –detentó un curso de Educación Cívica–, ni su creciente vida política le permitieron estar por demasiado tiempo; lo cual no significa que la corriente general de la Escuela Nueva no haya entrado con mucha fuerza en la institución. De hecho, es en ella, en 1936, cuando se funda la primera cátedra superior de psicología de la que tengamos noticia en Venezuela. Un año después, en 1937, la cátedra se convierte en *Psicología y Psicometría*, que queda a cargo del escritor y educador Felipe Massiani. De ese modo, como hija directa del proyecto de modernización y del sueño de democracia, comienza la *Psicología universitaria* su camino.

Modernidad, medicina y psicología: hacia el nacimiento de la escuela

En torno al Pedagógico poco a poco la psicología fue abriéndose camino en el mundo educativo. Durante la década de 1940, su edad dorada, acogió a una gran cantidad de exiliados republicanos españoles, entre los que figuraron un grupo de psiquiatras que terminarían de sentar las bases tanto de la psiquiatría como de la psicología en Venezuela. Nuevamente, Picón Salas y la coyuntura de democratización, serían los factores claves en el asunto. Para 1946 Rómulo Betancourt es el presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno que había tomado el poder en octubre del 45 tras la llamada Revolución de Octubre, y que emprendía un vasto plan de reformas políticas y sociales. Algunas profundizaron las ya implementadas por los sucesores de Gómez, y otras sí representaron verdaderas novedades. En este contexto, Picón Salas, como hemos dicho, siempre cercano a Betancourt, aunque ya convertido en un autor de fama internacional, logró concretar una vieja aspiración: la fundación de una Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Central de Venezuela. Después de casi un siglo, finalmente retornarían los estudios especializados en humanidades. Pero para crear una Facultad ahora, como había pasado con el Pedagógico una década antes, hacían falta los profesores que Venezuela no tenía. Ante el mismo problema, la misma solución, es decir, contratar a todos los venezolanos posibles y salir a buscar el resto en el extranjero, sobre todo en el universo de exiliados españoles que ofrecía grandes ventajas: formación, manejo del idioma, ideas afines a las del ensayo democrático venezolano de entonces –la Junta Revolucionaria desconoció al gobierno de Francisco Franco y aceptó como legítimo al republicano en el exilio– y, además, una falta angustiante de empleo. Los petrodólares venezolanos, por si fuera poco, ofrecían salarios muy competitivos.

Uno de los lugares en los que había más republicanos era México, país donde Picón Salas tenía muchas relaciones y había dado clases. Es, pues, allí donde contacta al filósofo Eugenio Ímaz, que trabajaba en la UNAM. Aunque su contrato era para fortalecer las áreas de filosofía y periodismo en la UCV, tal vez para ofrecerle un mejor paquete se le incorpora también al Pedagógico, donde junto a Juan David García Bacca, otro republicano, abren la mención del profesorado en Filosofía. Pero a Ímaz se le asigna una cátedra de Psicología. Ello será clave para el desarrollo de la disciplina, no sólo porque difundió muchos conocimientos actualizados, sino porque entró en contacto con otros dos españoles exiliados: los psiquiatras Guillermo Pérez Enciso y Francisco del Olmo, que también tenían unas horas de psicología en el Pedagógico. En buena medida, ese sería el núcleo de la Escuela de Psicología de la Universidad Central de Venezuela. Ímaz regresa rápidamente a México, tan pronto un golpe militar acaba con aquel primer ensayo democrático, pero Pérez Enciso y del Olmo, menos militantes –Ímaz fue uno de los defensores internacionales de la Revolución de Octubre y de Betancourt–, siguieron el resto de sus vidas en Venezuela.

Con Pérez Enciso se marca un proceso en el que progresivamente la enseñanza superior de la psicología pasó de estar en manos de educadores y humanistas, a estarlo en manos de psiquiatras. Eso en buena medida corresponde a la evolución general de la disciplina, que pasó de ser una rama de la filosofía a una ciencia experimental a inicios del siglo XX, pero va a generar una especie de divorcio entre los psicólogos que egresan a partir de la década de 1960 y los educadores, ya que el trabajo en conjunto dejó de ser algo cotidiano más allá de lo que puntualmente se hacía en los servicios de psicología escolar. Incluso se borró en la memoria del gremio el hecho de que la disciplina había nacido en Venezuela precisamente en función de la formación de educadores y de las mejoras de las técnicas de enseñanza. Por otra parte, como se demostró con la “guerra contra los psicólogos” de 1969, los psiquiatras seguían viendo a los psicólogos básicamente como educadores y, a lo sumo, como posibles asistentes suyos. ¿Será exagerado decir que se dio una especie de escala de prejuicios en la que los psicólogos se consideraban científicamente superiores a los maestros y más cerca de los psiquiatras que de éstos, mientras que los psiquiatras los consideraban científicamente inferiores, preparados más bien para tomar su lugar al lado de los maestros –que siempre llevamos la peor parte–? En cualquier caso, la creación de un espacio propio para la disciplina requirió de un tiempo más.

Pero volvamos al momento anterior a la formación de los primeros psicólogos. Durante la década de 1940 muchas escuelas básicas y secundarias crean departamentos de apoyo psicológico a los alumnos y en general al proceso educativo. En 1943, uno de esos psiquiatras republicanos, José Ortega Durán, funda la Sección de Psicometría en la Dirección de Higiene Escolar del Ministerio de Sanidad. Ese mismo año, el sacerdote jesuita Carlos Guillermo Plaza, crea un “Gabinete Paidotécnico” en el Colegio San Ignacio de Caracas. En 1946, el chileno Eugenio González dicta un curso de psicometría en el Pedagógico que pudiera considerarse, estirando un poco las cosas, como la primera suerte de postgrado en el país. Todo este movimiento en todos los niveles educativos da pie para que en 1950 se incorpore la Psicología en los planes de estudio de la Facultad de Filosofía y Letras de la UCV, de donde surge el Instituto de Psicología de la UCV, bajo la dirección del psiquiatra venezolano Raúl Ramos Calles. Tres años después se funda la Universidad Católica Andrés Bello, teniendo como primer rector precisamente al Padre Plaza. Sólo faltaba dar un paso más, y se da en 1956, cuando a partir del Instituto de Psicología de la UCV se abre la Escuela de Psicología de la UCV, primera en el país, cuyo primer director fue Pérez Enciso. Al mismo tiempo se establece la Asociación Venezolana de Psicólogos, integrada inicialmente por veintiún profesionales –buena parte de ellos psiquiatras–, formados en diversos países. En los veinte años que mediaban desde la apertura del Pedagógico en 1936 hasta ese momento, la psicología había pasado de ser una cátedra más para formar docentes, a ser una profesión.

Consideraciones finales

Es este el contexto en el que, en 1957, nace la Escuela de Psicología de la Universidad Católica Andrés Bello. Hace falta un estudio más detenido en los archivos de la institución para entender las motivaciones que llevaron a hacerlo justo un año después que la UCV, cuando no parecía haber evidencias de que existiera una especial demanda de psicólogos en el país, e incluso cuando no parecía que la gente realmente supiera de qué va eso de la psicología. Tal vez se trató un plan concebido por el Padre Plaza, que justo entonces estaba dando clases de Psicología Social y de Psicología Industrial en la Universidad de Alcalá de Henares; o tal vez fue un proyecto más grande que la Compañía de Jesús contaba entre sus obras educativas. En su carisma concerniente a esto, muchos de sus miembros estudiaban pedagogía, por lo que la relación con la disciplina y la adopción de sus innovaciones ha de haber sido cotidiana. Para 1957, por ejemplo, el Padre Luis Azagra, que por años fue una de las principales figuras de la psicología ucabista, estaba culminando sus estudios de Orientación Educativa en la Universidad de Fordham, en Estados Unidos.

Por último, es también imposible cerrar estas palabras sin enfrentar un aspecto que no habrá escapado a los lectores: nuestra tesis es que la psicología en Venezuela fue hija de la modernización y la democratización, y resulta que las dos primeras escuelas universitarias se fundan, precisamente, durante la Dictadura Militar. Si bien eso es así, todo indica que respondió al impulso que las olas de democratización y modernización del 36 y del 45 habían generado. Además, la idea esencial de alcanzar una educación moderna y de garantizar la salud mental a todos como parte de las políticas democráticas, no sólo se mantuvo, sino que fue respondida, con contundencia y compromiso, por los egresados de ambas escuelas a partir de 1961.

Que la Salud Mental haya desaparecido del Plan de Salud de un gobierno que muchos no consideran ya democrático y en el que la sociedad se está ‘desmodernizando’, dice el resto. La ecuación de que a más psicología, más modernidad y más democracia, parece tener en esto su completa confirmación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Albornoz, J. H. (1986). *El Instituto Pedagógico: una visión retrospectiva*. Caracas: Congreso de la República.
- Ardila, R. (1986). *La psicología en América Latina. Pasado, presente y futuro*. México: Siglo XXI.
- Baker, D. (2011). *The Oxford handbook of the history of Psychology. Global perspective*. Oxford: University Press.
- Basuri, V. (1997). *Orígenes y fundamentos de la psiquiatría en España*, Madrid: Editorial Libro del Año.
- De Oliveira, H. (2016). “Breve historia de la salud mental en Venezuela”, *El Comunero*, Recuperado de: <http://www.elcolumnero.com/herman-de-oliveira/breve-historia-de-la-salud-mental-en-venezuela-ii>
- Fermín Rodríguez, C. (1979). *El Instituto Pedagógico de Caracas visto a través de sus directores*, Caracas: Instituto Universitario Pedagógico de Caracas.
- Fernández Heres, R. (1997). *La educación venezolana bajo el signo de la Escuela Nueva*, Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Juárez, J. F. (2006). *Una propuesta educativa para un país en transición. El Padres Carlos Guillermo Plaza: humanismo democrático vs. humanismo cristiano en la consolidación de la educación moderna en Venezuela. Período 1936-1950*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- Salazar, J. M. (2001). “La psicología en Venezuela: orígenes, desarrollo y proyecciones”, *Revista de historia de la psicología*, 22 (1), p. 41-56.